

## Narrar las constelaciones travestis: *Continuadísimo* de Naty Menstrual<sup>1</sup>

### Narrating transvestite constellations: Naty Menstrual's *Continuadísimo*

Manuel Gatto<sup>2</sup>

#### Resumen

Este artículo analiza los cuentos de *Continuadísimo* (2008) de Naty Menstrual, identificando los temas que estructuran las narraciones. Al examinar la repetición de temas como violencia, consumo de drogas y enfermedad, reforzadas por un lenguaje sucio, el estudio muestra cómo la escritura de Menstrual desestabiliza los discursos normativos sobre género, sexualidad y poder. La estética travesti *trash* propuesta por la autora construye una poética grotesca del exceso que transforma la exclusión en un espacio de resistencia radical. La representación de la violencia no es simplemente opresión estructural, se convierte en un mecanismo de agencia y represalia que redefine los límites de inteligibilidad impuestos a los grupos disidentes. Del mismo modo, la insistencia en la suciedad, los fluidos corporales y la descomposición corporal socava los ideales hegemónicos de pureza e inserta lo abyecto en una contranarrativa que reivindica su poder destructivo. El consumo de drogas no es sólo un síntoma de exclusión, sino que también se considera una práctica performativa que permite al protagonista construir su propia realidad fuera de los marcos normativos del placer y la identidad.

**Palabras clave:** constelaciones travestis, lenguaje escatológico, enfermedad, travesti, Naty Menstrual.

#### Abstract

This article analyses the short stories in Naty Menstrual's *Continuadísimo* (2008), identifying the themes that structure the narratives. By examining the repetition of themes such as violence, drug use and disease, reinforced by dirty language, the study shows how Menstrual's writing destabilises normative discourses on gender, sexuality and power. The transvestite trash aesthetic proposed by the author constructs a grotesque poetics of excess that transforms exclusion into a space of radical resistance. The representation of violence is not simply structural oppression, it becomes a mechanism of agency and retaliation that redefines the limits of intelligibility imposed on dissident groups. Similarly, the insistence on filth, bodily fluids and bodily decomposition undermines hegemonic ideals of purity and inserts the abject into a counter-narrative that claims its destructive power. Drug use is not only a symptom of exclusion, but is also seen as a performative practice that allows the protagonist to construct his or her own reality outside the normative frameworks of pleasure and identity.

**Keywords:** transvestite constellations, scatological language, disease, transvestite, Naty Menstrual.

<sup>1</sup> Este artículo se deriva de un estudio realizado durante la pasantía de investigación del autor en el Instituto de Estudios Críticos en Humanidades (IECH) y la Universidad Nacional de Rosario (UNR).

<sup>2</sup> Investigador de la materia en la cátedra de Letterature Hispano-Americane de la Università della Calabria, Italia. Correo: [manuel.gatto@unical.it](mailto:manuel.gatto@unical.it) ORCID: <https://orcid.org/0009-0002-2251-1285>

## Introducción

La obra de Naty Menstrual<sup>3</sup> se inserta en un territorio literario en el que las fronteras de lo posible y lo aceptable se desdibujan, una “literatura travesti trash”<sup>4</sup> que subvierte los discursos normativos sobre el género, el deseo y la violencia, “una picaresca pesada, de géneros bajos, donde lo trash y lo trans se trituran juntos en la compactadora de basura para reciclarse en broma bizarra” (Baigorria, 2009). Su escritura, entonces, se presenta como un acto subversivo frente a la heteronormatividad y las normas patriarcales, desarrollando un lenguaje propio y singular que no solo documenta las vivencias de quienes habitan los márgenes, sino que también desafía abiertamente los sistemas de opresión. Menstrual no ofrece una representación cómoda ni idealizada de la marginalidad; por lo contrario, construye relatos que irradian exceso, ironía, crudeza y una crítica radical a las estructuras de poder. Sus protagonistas, por la mayoría travestis que transitan por las periferias de la ciudad, la prostitución y el deseo, no buscan conformarse o integrarse a un sistema que las niega, sino que lo desafían constantemente mediante sus cuerpos y sus goces.

En los cuentos de *Continuadísimo* (2008), la violencia no es una mera manifestación de opresión externa, sino una experiencia que se entrelaza profundamente con el deseo, el cuerpo y la identidad de sus protagonistas. Dentro de esta dimensión narrativa, personajes monstruosos, deformes, drogados, sucios, degenerados, definidos por la animalidad, operan como un dispositivo estético para crear una nueva dimensión, una dimensión otra. Las figuras de estos cuerpos abyectos adquieren cierta materialidad que oscila entre la exageración y la indefinición, cuerpos ambiguos, indescifrables, desafiantes, en constante devenir.

Diversos estudios han abordado la anomalía de los cuerpos travestis y su asociación con lo monstruoso, como el trabajo de Montes (2023), que analiza la animalidad en *Las malas* (2019) de Sosa Villada, subrayando el carácter ambiguo de esas subjetividades hiperbólicas que habitan un “intervalo incómodo” (p. 480). Sin embargo, son pocos los que han abordado la narrativa de Naty Menstrual. Concretamente, Peralta (2010) presenta a las protagonistas de los cuentos de Menstrual y sus inversiones frente a la norma que denomina “políticamente incorrectas” (p. 115). Asimismo, Bevacqua (2013) analiza la “deformance” poética menstrualiana, que define como un “trazo provocativo” (p. 831) que resignifica las performances de género, deformándolas, presentando múltiples ambigüedades<sup>5</sup>. Por otro lado, Alloatti y Cardozo (2017) se centran en la identidad travesti en *Continuadísimo* (2008) y *Batido de troló* (2012) y en su devenir constante, “que rechaza las identidades fijas para postular, en su lugar, pasajes intensivos del deseo en yuxtaposición, contacto y desorganización” (p. 69)<sup>6</sup>.

En este número reducido pero valioso de estudios sobre la obra de Menstrual, todavía falta un análisis que profundice los temas recurrentes en su ficción y que enfatice el rol del cuerpo y del lenguaje. Por esa razón, se propone estructurar el trabajo a partir de una constelación de temas que contribuyen a la construcción de una narrativa travesti y permiten articular el imaginario de Menstrual en una doble vertiente: por un lado, la vulnerabilidad y

<sup>3</sup> Escritora, actriz, pintora y performer travesti argentina. Es autora de *Continuadísimo* (2008), *Batido de troló* (2012), *Poesía recuperada* (2017) y *TPP* (2022).

<sup>4</sup> El subtítulo de su blog <http://natymenstrual.blogspot.com>.

<sup>5</sup> Menstrual, afirma Bevacqua (2013), desnaturaliza las categorías de género a través del vestuario y del maquillaje, que reformó “de acuerdo a su travestismo trash” (p. 827).

<sup>6</sup> Alloatti y Cardozo (2017) se enfocan en la errancia sexual de las travestis que, según ellxs, “se construye a través de un deseo sexual abierto y profuso que remite al orden del azar, de lo nuevo, de lo inesperado y que, por lo tanto, funciona como línea de fuga al ordenamiento sexual impuesto” (p. 69).

precariedad del cuerpo (Butler, 2009)<sup>7</sup>; por el otro, la capacidad de ese mismo cuerpo de convertirse, a través del exceso, en un espacio de resistencia. Entre los elementos recurrentes en la escritura de Menstrual está la representación de la violencia, que en todas sus facetas – física, psicológica y simbólica, así como estructural (Galtung, 1969) – está indisolublemente ligada a la condición de las travestis que habitan las historias de *Continuadísimo*. En particular, en “26 y ½” y “Mamá era mala”, la violencia se exhibe como una dinámica que estructura la relación con el cuerpo a través de la reiteración de imágenes de cuerpos heridos, maltratados, excluidos de la protección de la vida (Butler, 2002) y embrutecidos, hasta el punto de asumir un papel catártico y subversivo (Valencia, 2010). La poética de Menstrual desestabiliza a través de su lenguaje obsceno, sucio, explícitamente escatológico, que oscila entre lo grotesco y lo perturbador, una continua referencia a los fluidos corporales (Preciado, 2008) que se revela como un arma potencialmente subversiva (Sánchez Osoreo, 2022) contra la limpieza normativa del discurso hegemónico al reivindicar su propia materialidad excedente, como sucede en “Amado Kombucha” y “Lluvia dorada sobre mí”. Las drogas son otro elemento que define las trayectorias de las travestis en los cuentos menstrualianos. En “Verborragia uno” y “Consuelo casero” se pone de manifiesto la relación entre la prostitución entendida como único medio de subsistencia (Berkins y Korol 2007; Wayar, 2018), y el consumo de drogas como forma de resistencia (Valencia, 2010), alienación y deconstrucción, para edificar un espacio propio en el que performar la propia esencia (Fernández, 2004). Finalmente, el último tema identificado es la enfermedad, que constituye el telón de fondo de los cuentos “La empastillada” y “Pobre infeliz” y que atraviesa histórica y socialmente la existencia travesti (Barreda & Isnardi, 2004), percibida no sólo como una condena biológica, sino también como una condena social. La enfermedad se construye a través de la repetición de imágenes relacionadas con la contaminación (Sontag, 2020), la decadencia física y un *modus operandi* que desafía las leyes médicas (Meruane, 2012), donde el acto de transmitir el virus se convierte en un gesto de venganza y reapropiación del poder.

### De la violencia a la revancha: la subversión de los cuerpos travestis

Uno de los aspectos recurrentes en la obra de Menstrual es la representación de la violencia estructural como una condena que atraviesa las vidas de las protagonistas desde la infancia hasta la adultez. La violencia estructural es un concepto introducido por Johan Galtung (1969) y se refiere a una forma de violencia que no es ejercida directamente por individuos, sino que está integrada en las estructuras sociales, políticas y económicas, causando daño al impedir que las personas satisfagan sus necesidades básicas y alcancen su pleno potencial. A diferencia de la violencia directa, que es visible y se manifiesta a través de acciones físicas o verbales, la violencia estructural es más sutil e invisible. Se manifiesta en desigualdades sistémicas, como la pobreza, la discriminación, la marginación y la falta de acceso a recursos esenciales como la educación, la atención médica y oportunidades económicas. Estas desigualdades no son atribuibles a acciones individuales, sino que están arraigadas en la organización misma de la sociedad.

En el cuento “26 y ½”, este concepto se desarrolla de varias maneras. Por ejemplo, a través de la pobreza y la precariedad de la protagonista, Sissy Lobato, una prostituta. Sissy no tiene acceso a recursos básicos ni a una calidad de vida digna. La pobreza no es solo la falta de dinero, sino un sistema que condena a ciertos sujetos a vivir en condiciones indignas, sin posibilidad de movilidad social. “La calle andaba para el culo, no había guita” (Menstrual, 2008,

<sup>7</sup> La precariedad, estrechamente ligada a las normas de género, designa las condiciones básicas de vulnerabilidad de los seres vivos, cuya existencia nunca está plenamente garantida. Alude, además, a la exposición diferencial de ciertas poblaciones, a la violencia y a la falta de protección estatal (Butler, 2009).

p. 16): la economía informal en la que Sissy trabaja está sujeta a la inestabilidad, reflejando la precariedad de quienes no pueden acceder al mercado laboral formal. Sissy no solo experimenta falta de dinero, sino que vive una pobreza estructural, lo que significa que carece de acceso a recursos básicos como vivienda digna, salud y estabilidad laboral. A este respecto, hablando de la reproducción social, Pierre Bourdieu sostiene que las condiciones de vida se perpetúan de generación en generación porque las estructuras sociales impiden que ciertos sujetos puedan ascender en la escala social. Según él, “no hay espacio que no esté jerarquizado” (Bourdieu, 2007, p. 120) y dividido por oposiciones espaciales que reproducen lógicas históricas. Esta lógica puede observarse en el siguiente fragmento de *Continuadísimo*:

Se habían muerto las esperanzas de vivir en un palacio, como le decía su madre cuando era chico mientras lo vestía de princesa y jugaban a que era Sissi. Una madre que soñó con ser una gran actriz y solo llegó a ser puta en un cabarulo del Once: Sissy había comprobado en carne propia que había cosas que se heredaban, más allá de la genética. (Menstrual, 2008, p. 16)

La herencia a la cual se refiere no es biológica, sino social y económica: los sueños de movilidad socioeconómica son destruidos por un sistema que impide el ascenso de los cuerpos marginalizados. No es casualidad que la madre de Sissy fuera prostituta y que ella haya terminado en la misma situación. A partir de su trabajo conjunto con Marlene Wayar, Lohana Berkins denuncia la negación sistemática de oportunidades laborales alternativas a la prostitución para las travestis, lo que califica “una imposición de los Estados” (Berkins, 2007, p. 17). Más allá de esto, Sissy es víctima de violencia física y simbólica. En la condición de marginalidad e insatisfacción en la que se encontraba, lo único que podía curar sus heridas era alguien que supiera apreciarla por sus dones, de carne y plástico. Tras horas de espera, un Audi A3 se detiene a pocos metros de ella: “¿Cuánto por hacerte el culo, princesa?”, pregunta el hombre de unos cuarenta años que va en el vehículo. Por un momento, Sissy fantaseó que era la mujer de un empresario, halagada de que le hubiera puesto ese apodo. De camino a la pensión donde se alojaba la trava<sup>8</sup>, el hombre parecía ansioso, la deseaba: “Le apretó un pezón con los dedos [...] acercó una mano a su minifalda [...] se escupió la mano y le enterró un dedo en el culo” (Menstrual, 2008, p. 17). En la cima misma del éxtasis, cuando las barreras de la autodefensa se habían derribado, la matriz heterosexual encarnada por el hombre en cuestión la golpea repetidamente en las zonas plásticas más críticas:

recibió un certero rechazazo en la mandíbula [...] La agarró de los pelos, la levantó del suelo, le quitó las llaves y cerró la puerta. Le escupió la cara y una espesa flema se mezcló con la sangre. [...] PUTO SUCIO DEGENERADO [...] ¡No cojo MONSTRUITOS... no tendrías que haber nacido...no tenés ni Dios vos, CERDO! Y mientras la basureaba, la revolcaba por el suelo sin dejar de patearle el cuerpo: TETAS CADERA-NARIZ-FRENTE PÓMULOS-LABIOS...TETAS CADERA-NARIZ- FRENTE-PÓMULOS-LABIOS, una y otra vez, enceguecido. (Menstrual, 2008, p. 18)

<sup>8</sup> “Trava es una derivación apreciativa de *travesti* frecuentemente utilizada en Argentina como jerga despectiva. No obstante, ha sido reapropiada por corporalidades travas/travesti como una forma de resistencia” (Pierce, 2020, p. 170).

El hombre está naturalizando su inferioridad, la violencia es sistemática y planificada. Estas palabras la deshumanizan y refuerzan el discurso trans\*fóbico<sup>9</sup> como herramienta de regulación social. Al recibir este tipo de agresión, Sissy no es solo golpeada físicamente, sino que es destruida simbólicamente: los insultos buscan invalidar completamente su existencia. El cuerpo travesti es un campo de batalla, o como diría Preciado (2018) un “tecnocuerpo” (p. 39), es decir un cuerpo que no existe al margen de las tecnologías farmacológicas, quirúrgicas o cibernéticas. Se trata, entonces, de un cuerpo intervenido por dispositivos blandos, íntimos y micro prostéticos, como los tratamientos hormonales o las operaciones quirúrgicas. Por esa razón, cada golpe es un intento de devolver su cuerpo a un estado anterior, borrando su feminidad. La repetición de la lista de partes del cuerpo no es casual, cada una ha sido modificada por cirugía; el agresor está castigando su feminización, y su cuerpo “se desliza progresivamente hacia la patología”, como afirma Preciado (2018) al hablar de un cuerpo que “abandona las prácticas que la sociedad en la que vive autoriza como masculino o femenino” (p. 173).

En “Mamá era mala”, la protagonista entra en el círculo de la prostitución como parte de un destino marcado por la violencia familiar y el abuso infantil. La violencia dentro de la familia se ramifica desde la madre que “era mala. Siempre mala”, que le hizo víctima de sus injusticias y “de sus arranques paranoicos y violentos” (Menstrual, 2008, p. 137), acusándole de ser la causa de la infelicidad de su matrimonio. Ese odio violento parece empezar desde el embarazo, una violencia ontológica que casi elimina ese hijo percibido como una figura abyecta que “no respeta los límites, los lugares, las reglas” (Kristeva, 2006, p. 11). Posteriormente, la violencia en forma de maltrato físico es ejercida por el padre:

Él empezó a tocarme [...] cuando yo tenía cuatro años. [...] Su bulto estaba duro y yo no entendía nada [...] Me miró con odio y se metió adentro. Me había empezado a odiar él también ese día, más que mi madre, pero con la única diferencia de que planeaba tomarse la venganza por mi nacimiento de una manera más personal y carnal, una manera que iba a ir creciendo obsesivamente con el tiempo. (Menstrual, 2008, pp. 137-138)

En este contexto y en términos kristevianos, este cuerpo encarna lo abyecto al evidenciar la fragilidad de las fronteras entre lo moral y lo inmoral, puro e impuro, filial y sexual. El cuerpo del niño está inmerso en un contexto de violencia simbólica, además de física. La violación aparece en este fragmento como una punición, actuando como una tecnología de poder mediante la cual el padre inscribe en el cuerpo de su víctima un sometimiento a un orden estructural jerárquico preexistente, caracterizado por jerarquías de género, poder patriarcal, heteronormatividad y relaciones de dominación propias del sistema colonial. Esto es, un disciplinamiento patriarcal contra un cuerpo feminizado para regular el género y la reproducción del sistema de dominación. Tal y como afirma Butler (2002), la “fuerza normativa”, representada en este cuento por el padre, “solo puede construir a través de la supresión” (p. 32), es decir, a través de prácticas reiterativas que excluyen y castigan aquello que no se ajusta al marco de inteligibilidad dominante. El castigo se afina tras el momento de confesión a su madre de la violación. Desde este momento, la madre se convierte en la segunda verduga al exigir el silencio de su hijo, una ejecutora de una maternidad disciplinaria que, en ese contexto específico, busca silenciar al hijo para producir un sujeto dócil. Del texto se desprende que la madre ya odiaba a su hijo, pero su odio se intensifica al enterarse del abuso,

<sup>9</sup> El asterisco es un recordatorio de la multiplicidad de identidades que se engloban bajo este término, subjetividades heterogéneas atravesadas por infinidad de variables: étnicas, geopolíticas, sexuales, de clase y corporales (Millet, 2020).

que lo convierte en algo impuro, una presencia que amenaza la estabilidad familiar. El rechazo se ve reforzado cuando la madre lo golpea brutalmente:

Me dio una cachetada certera en el medio de la boca y me partió el labio [...] cuando me fui corriendo a llorar a mi cuarto [...] me partió el palo de la escoba en la columna sin miramientos y me arrastró hasta el borde de mi cama dejándome ensangrentado en la alfombra. (Menstrual, 2008, pp. 138-139)

La madre lo expulsa de su protección con una brutalidad que lo deja en el suelo, ensangrentado y despojado de cualquier posibilidad de amparo. Después de la golpiza, el protagonista despierta en el hospital. La vida del protagonista está marcada por la violencia y el rechazo, lo que anula su agencia. El hospital se convierte en una estación de paso hacia una vida de exclusión.

En última instancia, los cuentos “26 y ½” y “Mamá era mala” tienen un final similar, a saber, la subversión del poder. Sissy y Sandra no sufren la muerte pasivamente, sino que la administran. La protagonista de “26 y ½”, después de ser golpeada y casi asesinada, con las últimas fuerzas que le quedan, coge una sartén y golpea repetidamente al hombre que representa el orden patriarcal. La mujer lobo (un juego de palabras con su apellido) se da cuenta de que, desde luego, aquello no podía acabar así y, al igual que los recuerdos de los golpes que recibió de aquel ser despreciable, su sed de venganza aumenta desmesuradamente. La venganza no se limita a una simple represalia, sino que se convierte en un acto de apropiación y subversión total del sistema. El gesto más extremo es el arrancamiento del pene de su agresor, que adquiere un poderoso significado simbólico: “lo empezó a besar, a morder, hasta llegar a los veintiséis centímetros y medio, los miró llorando, se los puso en la boca, y con todas las fuerzas que le quedaban tironeó y tironeó hasta arrancarlo entero...”. En la lógica patriarcal, el pene es el símbolo supremo del poder masculino. Arrancarlo del cuerpo, por tanto, no es sólo un acto de mutilación física, sino una metáfora de la destrucción del poder que permitió al hombre atacarla. El gesto más perturbador y simbólicamente poderoso es cuando coge el pene cercenado de su agresor y se lo lleva a la boca, gritando “¡Es míooo! ¡Es míooo! ¡Todo míooo!” (Menstrual, 2008, p. 19). Este acto es una grotesca puesta en escena, una celebración de su victoria. El pene queda reducido a un objeto, un fetiche, privado de su poder simbólico; un canibalismo metafórico que puede leerse como una forma extrema de reapropiación y subversión.

Por otro lado, en “Mamá era mala”, la dinámica inicial de la violencia define una relación jerárquica en la que la protagonista es el cuerpo pasivo en el que se inscribe la voluntad de los demás, que culmina con la huida de la protagonista de su casa, el espacio de la opresión. “Nació Sandra” (Menstrual, 2008, p. 140) y la prostitución la lleva a reencontrarse con la violencia bajo una nueva forma, pero con un cambio crucial: una inversión, una venganza radical y corporal. Inicialmente, la sexualidad se impone como un espacio de tortura; más tarde, se convierte en un instrumento de control. Sandra contrajo la enfermedad, el bicho, durante su vida de prostituta, que resultó ser un arma de subversión. El clímax de la historia es, de hecho, el encuentro con su padre: “Ya sé dónde está. Y gracias a mi afición a la cirugía estética, ya no soy lo que era. Le gusto”. De ser una figura dominante, el padre es ahora una figura débil y vulnerable, lista para ser mordida por la “serpiente promiscua” y envenenada: “Estoy podrida, él está viejo, y ese cuerpo no resiste el bicho que me habita”. En lugar de sufrir pasivamente esta muerte lenta, devuelve la condena, antes de ser consumida por la enfermedad que históricamente ha condenado y marginado a la comunidad trans\*. El cuento termina con un detalle nada desdeñable: “mañana, lo sé, al atardecer” (Menstrual, 2008, p. 141). En primer lugar, se introduce un tono de inevitabilidad, Sandra sabe lo que va a ocurrir y hará que ocurra. En segundo lugar, el detalle del atardecer simboliza el final de un ciclo, evocando el recuerdo de aquella tarde en que sufrió los abusos de su padre, en “una tarde cálida de verano”

(Menstrual, 2008, p. 137). Lo que antes era una escena de sumisión será ahora un acto de poder, cambiando la coreografía de la violencia. Sin embargo, ella sabe que va a morir, por lo tanto, no busca la reparación del pasado, sino la aniquilación del presente. La potencia, el empoderamiento, se encuentra en la frase final: “Pero qué importa...me pienso morir llena...pero muy llena...con el corazón contento” (Menstrual, 2008, p. 141). En definitiva, su muerte es un acto de plenitud y su cuerpo una forma de resistencia.

### **Cuerpos drogados: consumo, precariedad y resistencia**

Las relaciones entre las drogas y las subjetividades travesti se inscriben en un entramado de opresiones más que complejo. Varios estudios (Berkins y Korol 2007; Wayar, 2018) reflejan que la principal vía de ingresos del colectivo travesti y trans\* se relaciona con la prostitución debido a la escasez de oportunidades para acceder al mercado del trabajo. Las subjetividades trans\*/travestis, debido a su exclusión de los circuitos legales de subsistencia, y obligadas a prostituirse no como trabajo sino como “el resultado de su falta” (Fernández, 2004, pp. 150-151), a menudo se encuentran en espacios donde las drogas son tanto una mercancía como una moneda de cambio.

En el cuento “Verborragia uno (Sin puntuación como pienso velocidad Koh-i-noor)” se menciona, con un flujo de conciencia sin puntuación que refleja el ritmo febril de la protagonista, una travesti marcada por la precariedad y la percepción alterada por el consumo de drogas. El consumo de sustancias no es sólo un detalle, sino un elemento estructural de la travesti. La protagonista oscila entre la euforia y la angustia, entre la necesidad de estimularse y la de sedarse, reflejando una gestión química de la precariedad existencial:

sacó una bolsa de merca de cincuenta pesos y me pidió la mano hizo una pala con mi uña postiza negra larga que parecen pezuñas de chanco y me tomé un virulazo y quedé mejor pero se me cerraba el pecho [...] y dije no más está cortada con querosén eso porque es más barato y él decía es malísima querés más y me daba y yo tomaba y él tomó y salimos al salón [...] y me tomé un taxi y no hablé porque los taxistas quieren hablar sea como sea y me hice la sorda [...] y llegué a un departamento que me habían prestado [...] y me quedé [...] mirando el techo dura porque se me viene siempre encima y me jodía el aliento a querosén y no tenía más y eso me jodía más y me clavé un Lexotanil para bajar y olvidarme del techo y en algún momento me debo haber dormido porque después desperté a la tarde del otro día y el techo estaba quieto quieto quieto. (Menstrual, 2008, pp. 99-100)

El cuerpo travesti, hipervisibilizado e hiperregulado por el Estado, encuentra en las sustancias un doble registro: por un lado, una forma de anestesia frente a la violencia sistémica y la marginación económica; por otro, una ampliación de los límites de la experiencia, una alteración que puede convertirse en un gesto de resistencia a los dispositivos de control. En palabras de Valencia (2010), “subvierten el poder estatal por medio de la violación de las normativas sociales adscritas a las políticas antidrogas a través del consumo de estas; dicho consumo puede ser leído como un acto de desobediencia civil” (Menstrual, 2008, p. 146). En este fragmento, la merca aparece en un contexto de consumo compartido, dentro de una lógica de complicidad precaria. De hecho, a pesar de reconocer su mala calidad, la protagonista acepta la droga. Este episodio es un reflejo de la precariedad: lo que se consume en circuitos marginales no es puro, sino un residuo del mercado ilegal, de menor costo y mayor toxicidad. El ciclo de consumo, empezado con la merca que proporciona energía, cierra con el uso de Lexotanil, una droga ansiolítica empleada para mitigar los efectos de la cocaína y descender del estado de

excitación. Finalmente, el techo se convierte en una metáfora del peso de la realidad y de la angustia que genera la soledad y la desesperación (Menstrual, 2008, p. 98), con una percepción alterada del espacio que solo puede curar el Lexotamil, lo que se desprende de la repetición obsesiva de “quieto”, sugiriendo un alivio momentáneo.

En “Consuelo casero”, el consumo de cocaína por la protagonista y el cliente, un tipo “prolijo [...], de pantalón de vestir, camisa blanca, zapatos lustrados y cara de perverso de incógnito” (Menstrual, 2008, p. 116), está estrechamente vinculado al contexto de la prostitución:

Drogón perdido, sacó todos los papeles que tenía encima, que eran cerca de diez, y los puso sobre su mesa de luz. [...] él empezó a sacarse la ropa y a armar unas líneas para entonarse, caballerosamente peinó dos, se tomó una y me ofreció la otra. Yo lo miré y le dije: [...] - ¿qué te gusta a vos? [...] decime qué querés y vemos. -Quiero que me cojas como una putita -me dijo. (Menstrual, 2008, p. 117)

La cocaína es una moneda de cambio entre los dos sujetos, un objeto que facilita la inversión de los roles de género. El cliente, descrito como “prolijo” y respetable, toma la droga para transformarse en “putita”, desafiando las normas tradicionales de género. La droga se convierte en un vehículo que posibilita la transgresión temporal de los roles establecidos. Este tipo de interacción puede leerse a la luz de lo que señala Fernández (2004), quien sostiene que las travestis “construyen a su público clientelar segregándolo del conjunto de quienes consumen prostitución: tienen por clientes a bisexuales no asumidos, a heterosexuales que buscan ocasionalmente prácticas sexuales no frecuentes en su vida cotidiana y a aquellos otros para quienes pasear con una travesti es fuente de algún tipo de reconocimiento social” (p. 106). Es decir, el cliente representa una figura ambigua sin abandonar su lugar en el orden cisheteronormado<sup>10</sup>: no se limita a la libre realización de los impulsos homoeróticos, sino más bien a la creación de su propia arquitectura corporal, llegando incluso a imitar al género opuesto en la vestimenta, en un acto de *cross-dressing*<sup>11</sup>: “me di cuenta había manoteado mis sandalias de taco y se las estaba poniendo [...] empezó a intentar caminar de un lado al otro del cuarto, cojeando como si fuera un rengo que pide monedas en el tren [...] empezaron las clases de modelaje” (Menstrual, 2008, p. 117). El cuerpo, dice Fernández (2006), “especialmente cuando está implicado en el sexo, llega a ser el material crudo para la construcción y reconstrucción del género” (p. 111). El cuento ofrece, en suma, un análisis de las contradicciones de la sociedad cisheteronormativa, un intercambio de tensiones entre el deseo y la vergüenza, la masculinidad hegemónica y la desviación, con la cocaína actuando al mismo tiempo como instrumento de poder y vía de escape.

### La enfermedad como destino: vulnerabilidad y desafío

La relación entre la identidad travesti y el SIDA se inscribe en una larga y compleja historia de marginación. Históricamente, las travestis han estado (y siguen estando) sobrerrepresentadas en las estadísticas de VIH/SIDA (Barreda e Isnardi, 2004), tanto por la vulnerabilidad biológica asociada a la prostitución, como por la exclusión estructural que supone su acceso a la salud o la estigmatización, así como las metáforas contaminantes conocidas en el imaginario colectivo. Como afirma Berkins (2005), “cuando a la discriminación [...] se suma el estigma vinculado

<sup>10</sup> Es decir, el sistema que presupone la heterosexualidad y la identidad de género cis como referencia universal.

<sup>11</sup> Literalmente, *cross-dressing* significa “vestirse de forma opuesta”. Por lo tanto, la definición de este último es simplemente el acto de llevar ropa que normalmente está reservada para el sexo opuesto. Los que se dedican a esta práctica reciben el nombre de *cross-dresser*. Consulte a Garber (1992) para profundizar.

con la infección por VIH/SIDA, muchas compañeras travestis deciden no seguir los tratamientos, aunque estén formalmente disponibles o solicitan tratamiento en forma tardía” (p. 87). La seropositividad, por tanto, está marcada no sólo por el virus, sino también por la falta de expectativas de futuro, resultado de una sociedad que, a través de sus discursos normativos, asocia la enfermedad al castigo. En este marco, el virus es representado socialmente como una plaga, vinculado a la culpa moral, o como afirmaría Susan Sontag (2020), un signo de contaminación.

En el cuento “La empastillada”, Angie, una travesti embichada, ingiere pastillas sin seguir ningún tratamiento médico, lo que revela la relación conflictiva con el VIH. Al principio, ella no considera el bicho como algo que deba gestionarse, sino como una presencia inevitable que no merece su cuidado: “nunca se había tomado el bicho en serio, juraba que ningún virus era tan boludo para comerse un cacho de carne tan envenenado como el de ella” (p. 84). La manera de personificar al virus con un término despectivo como “boludo” y el hecho mismo de que no se cuide subraya la forma en que subestima la gravedad de la enfermedad. El acto de tomar pastillas de forma desordenada y en grandes cantidades, “de a cinco, de a diez”, se interpreta como una forma de enfrentarse a la enfermedad de manera caótica, negligente, lo que podría asociarse a esos “ataques de desesperación en soledad” (Menstrual, 2008, p. 84). En definitiva, su comportamiento frente a la enfermedad es desafiante y autodestructivo y eso, de alguna manera, resignifica la narrativa dominante sobre el VIH. En lugar de ser vencida por el virus, Angie trató de adelantarse a él tragándose todas las pastillas que tenía, en un acto de autoinmolación: “Viste, bicho hijo de puta... viste bicho hijo de puta que no me ganaste... ahora te jodo y me mato yo primero... Y tanteó el espejo hasta descolgarlo y romperlo contra el suelo. Cayó. Se revolvió entre los vidrios cortantes riendo” (Menstrual, 2008, p. 86). La conclusión parece ser una forma de lucha feroz, cansancio y agotamiento, un grito de victoria que oculta la vulnerabilidad y la incapacidad para sostener la resistencia por mucho más tiempo y que se concluye con una risa, una manifestación de locura que refleja su descontrol.

En cuanto al cansancio, en “Pobre infeliz” se describe el bicho como algo que consume lentamente la energía: “debe ser el bicho que nos cansa, decía mi amiga Mayra, el bicho que lucha por salir y nos deja exhaustas para que cuando llegue el momento no podamos hacer nada”. Esta descripción recuerda el deterioro físico y psicológico asociado al VIH/SIDA, así como una perspectiva fatalista, como evidencia la sumisión de sus palabras: “yo no pensaba hacer nada, en el fondo creía que, después de todo, morir joven te salvaba de la vejez implacable, del deterioro insoportable” (Menstrual, 2008, p. 101). De este fragmento se desprende un doble nivel de resignación: por un lado, la aceptación de la enfermedad como un destino ineluctable y, por otro, la idea de que morir joven es una especie de salvación con respecto a la degradación del cuerpo. Esto parece estar en consonancia con las palabras de Meruane (2012), quien afirma que el “sobreviviente [...] no se fia de la medicina y [...] se enfrenta al desafío cotidiano de existir en completa soledad o en compañía de extraños” (p. 88). Además, la protagonista parece asumir un rol dominante sobre el cliente, invirtiendo totalmente la dinámica de poder en la prostitución:

[L]os borrachos y los duros de cocaína son las víctimas preferidas porque caen siempre sin dar vueltas. [...] se puso en cuatro con el culo bien abierto [...] le miré el agujero del culo y se me puso dura al instante [...] le acabé adentro [...] No me puse forro, cosa rara en mí, porque casi nunca hacía eso [...] Me saqué la ropa y me tiré en la cama rendida [...] Es el bicho que me cansa... y como estoy tan cansada... se ha mudado a un nuevo cuerpo. (Menstrual, 2008, pp. 102-103).

El sexo resulta ser un mecanismo de transmisión de algo más profundo: la desesperanza, la enfermedad. De hecho, no usar preservativo es una decisión que rompe la precaución que la

protagonista solía tener, reforzando la idea de abandono total, como si ya no importara protegerse o proteger a los demás. Asimismo, al utilizar el perfecto “mudado”, se está reforzando la idea de que el bicho es una entidad independiente, que actúa por sí misma. La protagonista entonces no es un agente de la transmisión, sino un simple conducto dentro de un ciclo mayor, anulando cualquier posibilidad de prevención o resistencia. Su cuerpo es una estación de paso para el virus, un recipiente vacío que cumplió su función. Ahora el bicho sigue su camino, un flujo imparabile que simplemente continúa.

### **El lenguaje escatológico como subversión del orden corporal y narrativo**

Naty Menstrual utiliza estratégicamente un lenguaje que desestabiliza las fronteras entre lo deseable y lo repulsivo, lo erótico y lo monstruoso, que refuerza la práctica subversiva de su escritura. El cuerpo, lejos de ser una superficie neutra, está constantemente abierto, invadido, libera secreciones, se de-forma, se re-construye. Esta de-formación y re-construcción del cuerpo remite tanto a lo físico como a lo simbólico-político. Es decir, el cuerpo travesti se resignifica al margen del ideal normativo y su constante transformación se vuelve una forma de resistencia frente a la norma. La obscenidad, la suciedad, el lenguaje escatológico, así como los instrumentos de choque, funcionan como modos de expresión, o, como sostiene Sánchez Osos (2022), como un “*locus* enunciativo de resistencia que encierra un potencial desestabilizador y comunitario” (p. 507). Este locus, se materializa en la reapropiación travesti de lo sucio como forma de denuncia contra el orden cisheteronormativo que históricamente ha patologizado sus cuerpos.

En “Amado Kombucha”, hay una fuerte insistencia en el uso intensivo del lenguaje escatológico, que adopta la forma de una estrategia de resistencia, un elemento perturbador. Se insiste en el pus, los gases, los excrementos y las secreciones:

me sentía como un potus...como un repollo... era fea muy fea y cuanto más nerviosa me ponía más fea...me salían granos...granos llenos de pus...barritos...puntos negros...forúnculos...en la nariz en las mejillas en el cachete del orto...encima como estaba tan nerviosa se me conflictuaban los jugos gástricos y andaba con unos gases que imagínate... [...] empecé a tener esos pedos tan feos. (Menstrual, 2008, p. 55)

El cuerpo se aleja completamente de lo perfecto, de lo canónico; con su crudeza y sus referencias a lo grotesco el cuerpo representa la monstruosidad, lo oculto. La alienación de la protagonista es evidente desde el momento en que se compara con un “potus” y un “repollo”, lo que vislumbra una dislocación de las categorías convencionales de lo deseable. La referencia a los granos, barritos, forúnculos y gases es una puesta en escena de lo sucio del cuerpo, un intento de desestabilizar la “ciudadanía neoliberal higienizada” (Sánchez Osos, 2022, p. 509). La referencia a la higiene y la limpieza no es nueva en los escritos de Menstrual. Un ejemplo es el cuento “Loca madre mata al puto”, en el que una madre delirante, suponiendo que su hijo es gay, piensa en cómo matarlo. El siguiente paso es limpiar la inmundicia que ha generado con sangre, vómito y mierda después de matar, comer y cagar a su hijo recién digerido. Aparecen distintas referencias al “detergente Magistral”, a la “lavandina” o hay un uso de expresiones que sugieren acciones repetidas como para enfatizar la naturaleza maníaca del acto, como “friego y friego” (Menstrual, 2008, p. 52). De todos modos, el lenguaje escatológico parece tener un poder subversivo al reivindicar la suciedad y la fealdad como una forma de resistencia frente a un sistema que glorifica el orden.

Análogamente, en “Lluvia dorada sobre mí” el uso del lenguaje escatológico se convierte en un recurso para explorar el deseo y la corporalidad de una forma cruda, casi visceral. La

insistencia en los fluidos corporales –como la orina y la saliva– desafía las normas higiénicas que predominan en buena parte del imaginario literario tradicional, donde los cuerpos suelen aparecer desexualizados, desinfectados o alejados de lo abyecto. El uso del pis en la historia rompe la separación entre el cuerpo y sus desechos:

Mauro un día me pidió permiso para mear en las botellas de cerveza vacías. [...] verlo mear me ponía loca, excitada, frenética. Terminaba de mear y sacudiéndola venía hacia mí a ponérmela en la boca, y no me daba asco, era el sabor de Mauro. Si no, se acercaba con su mirada lasciva y me meaba para después revolcarnos como perros entre las sábanas húmedas. (Menstrual, 2008, p. 46)

El acto de orinar se transforma en un ritual erótico, una intimidad radical entre Mauro y la protagonista. Un ritual donde “el poder, exterior, miniaturizado y líquido, infiltra el cuerpo dócil” (Preciado, 2008, p. 136) de la protagonista hasta la excitación, lo que sugiere un vuelco de las normas culturales que rigen la sexualidad y el cuerpo. Las botellas llenas de orina se convierten, en las páginas siguientes, en talismanes que evocan el recuerdo de Mauro, que escapa durante la noche y nunca regresa. La protagonista conserva estos objetos que representan un residuo corporal, así como un vínculo tangible con Mauro. Resulta interesante, a la vez que reforzador, que el nuevo amante, Aldo, beba accidentalmente del frasco de orina. En esta escena, la orina, que representaba el residuo de Mauro, se convierte en el medio por el que regresa: “Me tiró en la cama con pasión y me besó en la boca, y sentí el gusto de Mauro en mis labios”. Este pasaje representa una connotación sacra y recuerda el concepto de transubstanciación en la religión: al igual que en el cristianismo el vino se transforma en sangre, aquí el fluido corporal se convierte en el vehículo de la reencarnación de Mauro: “Lo volví a besar y me di cuenta... Por el sabor de sus labios me di cuenta de que Aldo se había ido... y que había vuelto Mauro” (Menstrual, 2008, p. 47).

## Conclusiones

El análisis de los temas recurrentes en los textos de Naty Menstrual pone de relieve la construcción de una poética que desestabiliza los discursos normativos sobre sexualidad, género y poder. De este modo, es posible destacar cómo la escritura de Menstrual opera en dos direcciones. Por un lado, documenta la precariedad y la violencia estructural a la que están sometidas las subjetividades travestis. Por otro, construye un espacio de resistencia absolutamente radical, donde la abyección y el exceso se convierten en estrategias de subversión. La repetición de temas relacionados con la violencia, la suciedad, las drogas y la enfermedad no es casual, sino que responde a una estrategia narrativa precisa que pretende derribar las estructuras opresivas de la sociedad patriarcal y cisheteronormativa, desafiando los límites de lo representable con esa “actitud inquebrantable”<sup>12</sup> propia de las travestis. Esto es, la estética del exceso, el gore, se insertan en un territorio incómodamente radical, donde las armas son el cuerpo y el lenguaje impuro. A modo de conclusión, el cuerpo travesti, a través de la escritura de Menstrual, no es sólo un objeto de marginación, sino que se convierte en el campo de batalla en el que se redefinen el poder y la identidad. En concreto, un universo travesti que crea y mantiene su propio código estético, donde la representación de la violencia y la venganza adquieren un significado político y performativo, en el que las protagonistas inscriben la justicia en los cuerpos de sus agresores, transformando su dolor en un gesto de desafío y reafirmación.

<sup>12</sup> Juan Forn, en el prólogo de *Las malas* de Sosa Villada (2019) refiriéndose a la hermandad travesti y a esa actitud revolucionaria.

## Referencias

- Alloatti, J., y Cardozo L. N. (6-8 de noviembre de 2017). *Rompeme el culo: rebeldía y empoderamiento travesti en Naty Menstrual*. VI Congreso Internacional CELEHIS de Literatura. Literatura argentina, española y latinoamericana, Mar de Plata, Argentina.
- Baigorria, O. (2009). *Feos, sucios y románticos*. Eterna Cadencia.  
<https://eternacadencia.wordpress.com/2009/01/08/feos-sucios-y-romanticos/>
- Barreda, V., & Isnardi, V. (20-23 de octubre de 2004). *Travestismo y prevención del VIH/sida: reacomodando algunos conceptos*. VI Jornadas de Sociología, Buenos Aires, Argentina.
- Berkins, L., y Korol, C. (2007). *Diálogo: "Prostitución/Trabajo sexual: las protagonistas hablan"*. Feminaria.
- Bevacqua, G. (2013). La corporalidad travesti en la deformance poética de Naty Menstrual. *Revista Brasileira de Estudos da Presença*, 3(3), 819-838.  
<https://seer.ufrgs.br/index.php/presenca/article/view/39426>
- Bourdieu, Pierre. (2007). *La miseria del mundo* (H. Pons, Trad.). Fondo de Cultura Económica. (Obra original publicada en 1993).
- Butler, J. (2002). *Cuerpos que importan: sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*. (A. Bixio, Trad.). Paidós. (Obra original publicada en 1993).
- Butler J. (2009). Performativity, Precarity and Sexual Politics. *AIBR*, 4(3), 321-336.  
<https://doi.org/10.11156/aibr.040303e>
- Fernández, J. (2004). *Cuerpos desobedientes: travestismo e identidad de género*. Edilasa.
- Galtung, J. (1969). Violence, Peace, and Peace Research. *Journal of Peace Research*, 6(3), 167-191. <http://www.jstor.org/stable/422690>
- Garber, M. (1992). *Vested Interests: Cross-Dressing and Cultural Anxiety*. Routledge.
- Kristeva, J. (2006). *Poderes de la perversión* (N. Rosa & V. Ackerman, Trad.). Siglo XXI. (Obra original publicada en 1980).
- Menstrual, N. (2008). *Continuadísimo*. Eterna Cadencia.
- Menstrual, N. (2012). *Batido de troló*. Milena Caserola.
- Meruane, L. (2012). *Viajes virales: La crisis del contagio global en la escritura del sida*. Fondo de Cultura Económica.
- Millet, A. (2020). *Cissexismo y salud. Algunas ideas desde otro lado*. Puntos Suspensivos Ediciones.
- Montes, A. (2023). Devenir travesti: el cuerpo como intervalo problemático. En Audran, M. y Sánchez, S. (Eds.), *Devenir Monstruo. Ensayos sobre narrativa argentina reciente* (pp. 463-486). FaHCE.
- Peralta, J. L. (2010). La narrativa travesti de Naty Menstrual, *Lectora*, (17), 105-122.  
<https://revistes.ub.edu/index.php/lectora/article/view/7209>
- Pierce, J. (2020). Yo monstrúo. Encarnando la resistencia trans y travesti en latinoamérica. *El lugar sin límites*, 2(4), 165-194.  
<https://revistas.untref.edu.ar/index.php/ellugar/article/view/833>
- Preciado, P. B. (2008). *Testo Yonqui*. Espasa Calpe.
- Sánchez Osore, I. (2022). La política de la suciedad: transfiguraciones de lo sucio en la poesía travesti del Cono Sur (Shock Rodríguez, Sosa Villada). En L. Caminada y F. Gonçalves. (Eds.), *Políticas y narrativas del cuerpo* (pp. 503-529). EUDENE.
- Sontag, S. (2020). *Malattia come metafora e L'AIDS e le sue metafore* (P. Dilonardo, Trad.). Nottetempo. (Obra original publicada en 1977).
- Sosa Villada, C. (2019). *Las malas*. Tusquets.
- Valencia, S. (2010). *Capitalismo gore*. Melusina.
- Wayar, M. (2018). *Travesti: una teoría lo suficientemente buena*. Muchas Nueces.